

XIX. POBREZA EVANGELICA

25 de Agosto de 1987

Muy queridos todos en SM:

Ha llegado la hora de escribirles sobre la *pobreza evangélica*. No me ha alcanzado una sola palabra para designar esta realidad: tanto el adjetivo “evangélica” cuanto el sustantivo “pobreza” valen por igual. Ya verán por qué.

Tengo miedo, se lo confieso desde ya, de hablar de más, de abundar en palabras. La pobreza se vive, no se proclama, y tampoco se impone o exige. Si hablo, entonces, es por una sola razón: amor a los pobres. Contando con el permiso de ellos, me acerco a ella.

Identificarse con Cristo, el Pobre

El alma de la pobreza evangélica es una actitud interior afín a la humildad, confianza, simplicidad e infancia espiritual. Esta actitud se encarna mediante la renuncia en el despojo ascético. Y se expande en la solidaridad y el servicio o compromiso social. Todo, desde el principio hasta el fin, a causa del reino de los cielos.

Todos, pobres y ricos, estamos invitados a identificarnos con Cristo pobre. No ignoramos su inmensa generosidad: siendo rico, se hizo pobre, a fin de enriquecernos con su pobreza (II Cor. 8:9; cf. Flp. 2:6-11). Unos y otros estamos llamados a hacernos ricos con la pobreza evangélica. Pero no todos de la misma manera, pues hay diversas vocaciones a ella, que comportan diversos estilos de vida y diversas formas de actuar. No obstante, en palabras de Puebla referidas al sermón del monte (Mt. 6:9-34), “este modelo de vida pobre se exige en el evangelio a todos los creyentes en Cristo; por eso podemos llamarla pobreza evangélica” (1148; cf. Medellín, XIV, II:6).

Servir a los pobres

El amor al pobre, y siempre hay alguien más pobre que uno, es esencial al evangelio y a la espiritualidad cristiana. Casi podemos decir que, así como el amor a Dios se verifica en el amor al prójimo, de igual manera el amor al prójimo se comprueba por el amor al pobre. Por eso, “el servicio a los pobres es la medida privilegiada, aunque no excluyente, de nuestro seguimiento de Cristo” (Documento de Puebla=DP, 1145).

En cartas anteriores sembré abundantemente semillas de solidaridad en el fértil campo de la soledad. No dudo que han ido germinando a lo largo de los años pasados; he podido comprobar variados frutos. Hoy vamos a cultivar uno de los más apreciados por nuestro Padre del cielo. Si la siembra ha sido buena, la cosecha será copiosa y nos hará a todos bienaventurados.

Humildad y pobreza en el AT

Comienzo por el corazón. Por aquello que vivifica desde dentro al pobre según el evangelio. Me refiero, claro está, a la pobreza en cuanto *humildad*. Ya les he escrito antes sobre esta actitud; lo vuelvo a hacer, pero desde el ángulo de la pobreza.

El profeta Sofonías es el primero en dar a la pobreza una dimensión religiosa. La pobreza es, así, inseparable de la justicia: “Buscad a Yahvéh, vosotros todos, pobres de la tierra, que cumplís sus normas, buscad la justicia, buscad la pobreza; quizás encontraréis cobijo el día de la cólera de Yahvéh” (2:3). Esta pobreza es fuente de justicia, es decir, de fe, confianza y sumisión a Dios, pues se opone al orgullo, dado que es esencialmente humildad. Luego del día de Yahvéh, sólo subsistirá un pueblo pobre y humilde, y este “resto” de Israel ya no cometerá más injusticias (3:11-13; cf. Is. 57:15; 61:2; 66:2).

Los salmos ilustran el grito de los pobres que se eleva hasta los oídos de Dios; de tal modo nos enseñan aun más claramente el sentido de la pobreza en cuanto humildad. Basten un par de ejemplos como botones de muestra. En el salmo 34 los pobres son presentados como “los que se refugian en Dios” (v.9), los “justos” (v.17), los “íntegros” (v.18), los “fieles” (v.28), los “rectos e intachables” (v.37). Y en este mismo salmo se afirma que los “pobres heredarán la tierra y disfrutarán de todo bien” (v.11); mientras que en el salmo 34 se dice: “Cuando el pobre invoca al Señor, él lo escucha y lo libra de sus angustias” (v.7).

Cristo, pobre y humilde según el NT

Jesús es el Mesías pobre y humilde anunciado por el profeta Zacarías (Mt. 21:5). Es el Mesías de los pobres humillados, a quienes proclama bienaventurados (Mt. 5:3). Él mismo se nos presenta como “humilde de corazón” (Mt. 11:29). Toda la vida de Jesús pendió de la voluntad de su Padre (Jn. 4:34), y otro tanto vale para su muerte (Flp. 2:8), de aquí que haya podido expirar gritando: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” (Lc. 23:46).

Y Jesús asumió su humanidad de pobre y humilde en la pobreza de María; en ese seno virgen empezó a ser pobre y solidario, comprometido con la redención de todos los hombres. Su camino de pobreza comienza en la pobreza de su madre.

María la Pobre

María, por su parte, no vacila en proclamarse insignificante, pequeña e impotente; en una palabra: pobre. Precisamente por esto Dios ha puesto los ojos en ella y todas las generaciones la llamarán bienaventurada (Lc. 1:48). Ella fue la primera pequeña a quien Dios le reveló los secretos que se ocultan a los sabios e inteligentes según el mundo (Lc. 1:26-38; Mt. 11:25-27). El Señor pudo hacer maravillas en ella: ¡Dios se hizo pobre en su pobreza! (Lc. 1:49).

El cántico del Magníficat es como un espejo del alma de María. En este poema alcanza su cumbre la espiritualidad de los pobres de Yahvéh. La Virgen, cantando, anuncia el nuevo evangelio de Cristo y preludia el sermón de la montaña; cantando la Virgen se nos manifiesta vacía de sí misma, con toda su confianza puesta en la misericordia del Padre (cf. DP, 297).

Los pobres de espíritu

Los pobres de espíritu poseen el reino de los cielos, por eso son bienaventurados (Mt. 5:3). Pobres de espíritu, o sea, enseñados por el Espíritu a vivir la pobreza hasta su más honda humildad. Por ser pobres en el Espíritu, son también mansos, compungidos, justos, misericordiosos, limpios de corazón, pacíficos y perseguidos... (Mt. 5:4-10). Ellos han puesto toda su confianza en Dios y de él esperan su salvación; sin atreverse a elevar los ojos y golpeándose el pecho, oran diciendo: “Oh Dios, ¡ten compasión de mí, que soy pecador!” (Lc. 18:13). Saben bien que quien se enaltece es humillado y quien se humilla es enaltecido; no temen, en consecuencia, los últimos puestos (Lc. 14:7-11; Mt. 23:8-12).

Comprendemos ya quiénes son estos pobres de espíritu. ¿No? El reino de los cielos les pertenece, pues se han hecho como niños; y no sólo les pertenece, sino que son los mayores en dicho reino (Mt. 18:5,10). La “simplicidad de corazón” de las primeras comunidades cristianas reproduce la sencillez de los humildes y pequeños que viven a Dios como Padre y se sienten hermanos (Hech. 2:42-47).

Si hubo alguien que entendió todo esto a la perfección, fue Teresita, la de Lisieux. Me ha acompañado mucho durante este último tiempo, por eso vuelvo a hablar de ella. Siempre me ha conmovido leer de su propia mano: “Lo que le agrada a Dios es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia... ¿Dónde encontrar al verdadero pobre de espíritu? Hay que buscarlo muy lejos..., es decir, en la bajeza, en la nada” (Carta del 17-IX-96) y

porque llegó muy lejos, muy abajo, porque se hundió en la nada, pudo decir llena de gozo: “En la tarde de esta vida, compareceré delante de vos con las manos vacías” (Acto de ofrenda al amor misericordioso).

No cabe duda entonces: el primer paso de la pobreza evangélica es una actitud de apertura a Dios, de disponibilidad que todo lo espera de él. Se trata de tener los ojos puestos en él y el corazón abierto a sus maravillas. El pobre de espíritu, que es sencillo, pequeño, confiado y humilde, es el “hombre abierto a los demás, a Dios y al prójimo” (Juan Pablo II, Discurso del 2-VII-80 en la Favela Vidigal; cf. Discurso del 18-II-81 en el Barrio Tondo; Medellín, XIV,II:4; DP, 1149).

La renuncia por el prójimo

Si me han seguido hasta aquí (yo los he seguido) demos ahora otro paso. La humildad y confianza, la pequeñez y simplicidad que no se encarnan y traducen externamente en un estilo de vida, corren el riesgo de ser falsas e inauténticas. De igual modo que la pobreza externa, por más voluntaria que sea, desenraizada de la humildad es puro fariseísmo o apariencia. Y nos encontramos así en el segundo aspecto de la pobreza evangélica: la *renuncia* ascética abierta a las necesidades del prójimo.

Nuestros pastores, reunidos en Medellín, nos enseñaron que aunque el pobre de espíritu “valoriza los bienes de este mundo, no se apega a ellos y reconoce el valor superior de los bienes del reino” (XIV, 11:4).

Años más tarde, desde Puebla, nos volvieron a decir algo parecido. La apertura confiada a Dios ha de ir unida con “una vida sencilla, sobria y austera, que aparta la tentación de la codicia y el orgullo” (1149; cf. 1158).

Los bienes materiales

Pero antes de balbucear diferentes formas de renuncia, se impone una palabra sobre los bienes materiales y los ricos, la codicia y el orgullo que causan las riquezas.

Jesús no condena nada ni a nadie: sabe bien que todo ha sido creado bueno por su Padre (Juan 3:17; Gén. 1:31). La revelación nos enseña que la posesión de bienes terrenos es un medio necesario para llegar a ser personas humanas y, consiguientemente, encontrarnos con el Dios personal. Las posesiones son la garantía de la libertad de la persona para gloria de Dios.

Doctrina sobre los bienes y el dinero

El dinero es un signo de los bienes de la tierra. Dios entregó la tierra al hombre para que, trabajándola, pusiera los bienes de la misma al servicio de su propia vida, de la vida de todos y cada uno. El dinero ha de ser así un instrumento al servicio de la persona y de la comunidad, permitiendo que los que tienen más puedan compartir con los que tienen menos, a fin de que haya igualdad.

Así como nadie es dueño de la tierra y de sus bienes, nadie es dueño del dinero. Los bienes están al servicio de todos y cada uno de los hombres y pueblos. Todos tenemos derecho de usar solidariamente los bienes materiales, en la medida de lo necesario, para realizarnos dignamente como personas humanas. La propiedad compatible con este derecho primordial es un poder de administración, que, si bien no excluye el dominio, no lo hace absoluto ni ilimitado (cf. DP, 492).

Pero el pecado ha desbaratado el orden querido por Dios. En cuanto pecadores, tendemos con codicia hacia los bienes creados, en búsqueda de poder y autosuficiencia; de poseedores nos transformamos en poseídos. Los bienes se nos convierten en dioses y señores; en lugar de servir a Dios, nos ponemos al servicio del dinero; la codicia nos hace servir a la creatura en oposición al Creador: por eso el codicioso es un ídola (cf. Col. 3:5; Ef. 5:5).

¡Qué tragedia! Lo que Dios creó bueno, pasa a ser fuente de males: poder desmedido, explotación humana, rencores, enemistades, divisiones, en una palabra: ¡negación del Padre común!

Autoanálisis

Seamos sinceros: si no viviéramos adorando la riqueza, ¿habría entre nosotros tantos contrastes entre lujo y miseria, tanta corrupción en la vida pública y profesional?; ¿existiría en nuestro mundo el colectivismo marxista y el capitalismo liberal? Si fuéramos evangélicamente pobres, nada de esto existiría; por el contrario, nacería un nuevo humanismo, una civilización del amor en la que el tener no ahogaría al ser (cf. DP, 493-497).

No nos maravillemos entonces de que Jesús nos ponga sobre aviso para no caer víctimas del imperio de las riquezas: “No os amontonéis tesoros en la tierra..., porque donde esté tu tesoro allí estará también tu corazón” (Mt. 6:19-21). “Nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro...; no podéis servir a Dios y al dinero” (Mt. 6:24). No es que la riqueza sea mala en sí misma, pero puede llegar a serlo a causa de su origen o de su uso (cf. Lc. 16:9-13). Además, ¿quién ignora que las preocupaciones y las riquezas ahogan y sofocan la semilla de la palabra divina? (Lc. 8:11,14). En definitiva, nos dice el Maestro: “Guardaos diligentemente de toda codicia” (Lc. 12:15).

La codicia

La codicia consiste, al mismo tiempo, en desear aumentar los propios bienes, aun a costa de los bienes del prójimo, y en apegarse avaramente a los bienes ya poseídos.

El codicioso se sirve del prójimo en lugar de servirlo; peor aún, sacrifica al hermano en favor de la propia causa y, si es necesario, está dispuesto a asesinarlo (cf. Sant. 2:6; 4:2; 5:1-6). Es fácil entender entonces que Pablo le escriba a Timoteo: “Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición; porque la raíz de todos los males es el afán de dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores” (I Tim. 6:9-10).

Los ricos, además, suelen jactarse y fanfarronear diciendo: “Iremos a tal ciudad, negociaremos y ganaremos...”; y no tienen en cuenta que la vida pertenece a Dios y que ellos no son más que un vapor de agua que aparece y desaparece (Sant. 4:13-16; Lc. 12:13-21). El orgullo de la vida o jactancia de las riquezas proviene del mundo y se opone al Padre y al reino de los cielos (I Jn. 3:16).

La salvación del hombre rico

Lo lamentable de todo esto es que muy pocos ricos logran liberarse de la codicia y la autosuficiencia. En palabras de Jesús: “¿Es difícil que los que tienen riquezas entren en el reino de los cielos!” (Lc. 18:24). Santiago, el primer obispo de Jerusalén, recomendaba a los ricos, como última esperanza: “Llorad, dad alaridos por las desgracias que están por caer sobre vosotros” (Sant. 5:1; cf. Lc. 6:24-26). Pero, sin correr el riesgo de llegar a la última hora y perder la posibilidad de conversión, ¿cómo se salva el rico?

La respuesta del evangelio, ejemplificada en la conversión de Zaqueo, es bien clara: *el rico se salva haciéndose servidor del pobre*. La salvación del pecador, rico en bienes, está íntimamente ligada a la justicia y al compartir su posesión con los pobres (Lc. 19:1-10; cf. 12:33; 16:9,19-31; I Jn. 3:17; Sant. 2:14-17).

Nos encontramos ante otra exigencia y paradoja evangélica. *El pobre es salvación del rico*, si éste comparte con él sus bienes, haciéndose así su amigo. El pobre es también condenación del rico, si mantiene éste la distancia que los separa. (Lc. 16:8,26). Jesús, identificado con los pobres, será nuestro juez en el último día (Mt. 25:31 ss).

Aceptar esta exigente paradoja demanda esfuerzo y violencia (Lc. 16:16); no todos los ricos están dispuestos a sacrificar sus fortunas (Mc. 10:17-22), pero para Dios nada hay imposible (Mc. 10:27).

Medida de la pobreza como renuncia

En fin, continuando con lo ya anunciado, la pobreza-renuncia nos libera del instinto de posesión y apego a los bienes; se identifica así con la prudencia o discreción en el uso de los mismos. Y en el mundo que vivimos esta pobreza “es un reto al materialismo y abre las puertas a soluciones alternativas de la sociedad de consumo” (DP, 1152).

Pero al hablar de la renuncia surge la pregunta: ¿Cuánto o en qué medida? La respuesta genérica sería esta: tanto cuanto nos encamine a Dios y a los hermanos, tanto cuando nos permita ser y dar a los bienes un sentido social y comunitario (cf. San Ignacio, *Ejercicios espirituales*, 23).

La encarnación de la actitud interior de pobreza es algo relativo. No hay fórmula acabada. Dependerá de varias circunstancias: educación, trabajo, medio ambiente, salud, responsabilidades familiares y tantas otras. Pese a todo, ¿podemos especificar un poco más?

Tres modelos de pobreza como renuncia

En la vida de Jesús podemos encontrar diferentes formas de renuncia o uso de los bienes materiales. Una es la pobreza del pesebre y la cruz, caracterizadas por el despojo absoluto que hermana con la muerte y la miseria a fin de exterminarlas redimiéndolas. Otra es la pobreza de la vida oculta en Nazaret, manifestación de la sencillez familiar y comunitaria de cada día. Otra, finalmente, es la pobreza manifestada en la vida pública, ejemplo de posesión para el servicio al reino del Padre. Inspirados en Jesús, contamos entonces con tres modelos de pobreza-renuncia:

- Dejarlo todo, abrazando la desnudez de la cruz redentora, celebrando lo poco y necesario que se tiene y dando gracias por lo mucho de que se carece. Los discípulos de la primera hora lo dejaron todo para seguir al Señor (Lc. 18:28). Y nunca han faltado ni faltarán seguidores de este tipo. Recordemos a aquel Francisco que, desnudándose ante su padre, el obispo y la gente del pueblo, exclamó: “En adelante podré decir con toda libertad: Padre nuestro, que estás en los cielos. No padre Pedro Bernardón, pues a éste, como veis, le devuelvo no sólo el dinero, sino aun todos mis vestidos. Desnudo me entregaré en manos del Señor” (Celano, *Vida segunda*, 12).
- Vivir con sencillez y solidaridad, sin consumir, usando rectamente los bienes creados, no anteponiendo jamás las cosas a los hombres. Los primeros cristianos traducían de esta forma el hecho de comulgar todos en un mismo pan eucarístico (Hech. 2:44-46; 4:32). Y en nuestros días podemos encontrar esta vivencia en muchos cristianos de la “clase media más modesta”(DP, 1151).
- Poseer, sin ser poseído, con gran generosidad de servicio, como “servidores fieles y prudentes..., constituidos para repartir el alimento en el tiempo oportuno” (Mt. 24:45). Juana y las otras mujeres que servían a Jesús con sus bienes ilustran este modelo (Lc. 8:3; cf. Jn. 12:6; 13:29). Pero nadie piense que es fácil poseer y servir; la tentación está siempre al acecho. No todos somos Juan XXIII, que en su testamento pudo escribir: “Nacido pobre, pero de una familia honrada y humilde, siento particular alegría de morir pobre, habiendo distribuido según las diversas exigencias y circunstancias de mi vida sencilla y modesta, en servicio de los pobres y de la santa Iglesia que me ha alimentado, cuanto vino a caer en mis manos –en medida bastante modesta– durante los años de mi sacerdocio y de mi episcopado...”. Solamente con un hondo espíritu de pobreza podrá el rico administrar sabiamente sus bienes.

Elementos de discernimiento

Y, ¿cómo podremos discernir la sabiduría de su pobreza?: viéndolo confrontar las causas de la miseria, procurar que ningún hermano o hermana sufra injusticias, y proclamar con su vida la igualdad y dignidad de todos los hombres.

Y, ¿cómo podrá saber él que su renuncia afectiva es auténtica?: poseyendo como si no poseyera, no adquiriendo con afán ni inquietándose por conservar, no lamentándose al dar ni deprimiéndose al perder.

Pero, una vez más, dado que la renuncia es algo relativo, las formas de la misma son infinitas. Las que son verdaderas responden positivamente a estas demandas:

- Apertura al don divino de una pobreza voluntaria más exigente.
- Frutos de liberación interior y de crecimiento personal y comunitario.
- Disponibilidad ante nuevas circunstancias.
- Testimonio ante otros más pobres.

Y antes de pasar al aspecto que aún nos falta tratar, deseo remachar esto: *la pobreza, en cuanto renuncia, está íntimamente ligada a la solidaridad.*

La comunicación y participación de bienes, tanto materiales cuanto espirituales, por motivos de amor, para que la abundancia de unos remedie la necesidad de otros, es causa de renuncia y práctica de pobreza agradabilísima a Dios (cf. DP, 1150; Medellín, XIV, II:4). Un bien congelado en posesión bloquea el avance y el acercamiento; un bien despreciado desprecia al Creador del mismo; un bien comunicado se transforma en sacramento de comunión.

La pobreza en cuanto compromiso

Y vengamos ya al tercer aspecto: la pobreza en cuanto *compromiso*. Es un hecho confirmado por la experiencia que quien está humildemente abierto al Dios de los pobres, siente el llamado a ponerse al servicio de la justicia y la reconciliación entre los hombres. Los materialmente pobres experimentan la bienaventuranza evangélica, la preferencia de Jesús, gracias al amor de los otros. Dios salva al pobre de su miseria y opresión mediante el compromiso de otros hermanos. No se trata de amar la pobreza y de hacerse pobre, cuanto de amar a los pobres y ponerse a su lado a fin de que nadie sufra pobreza.

Escuchemos, una vez más, la voz de nuestros obispos: “Porque creemos que la revisión del comportamiento religioso y moral de los hombres debe reflejarse en el ámbito del proceso político y económico de nuestros países, invitamos a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa del mismo Cristo: ‘Todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos, por humildes que sean, a mí me lo hicisteis’ (Mt. 25:40)” (Puebla, Mensaje, 3).

Combatir la miseria, que es un pecado

Nuestro combate contra el pecado ha de alcanzar también al pecado de la miseria. Nadie puede estar exceptuado de emprender una “noble lucha” contra la pobreza inhumana a fin de eliminarla de la faz de la tierra; ella va contra el designio del Creador y viola un derecho fundamental de la persona (Juan Pablo II, Discurso del 1º-VI-80 en Saint-Denis; cf. Discurso del 3-VIII-80 en San Pablo).

En esta línea se ubica la opción preferencial y solidaria, no exclusiva, por los pobres, con miras a su liberación integral (DP, 1134, 1165). Esta opción preferencial no excluye ni rechaza a nadie; de

lo contrario no sería cristiana (DP, 205). Se trata, por consiguiente, de una opción evangélica, es decir, motivada y discernida con criterios evangélicos (DP 480-490).

Lejos de ser un signo de particularismo o de sectarismo, manifiesta la universalidad del ser y de la misión de la Iglesia. Por este motivo, dicha “opción preferencial” no puede ser expresada mediante categorías o ideologías reductivas, que harían de esta “preferencia” una “opción” partidista y de naturaleza conflictiva (Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertad cristiana y liberación*, 68).

El rostro real del pobre

Pero, ¿quiénes son estos pobres? En nuestra América latina no es difícil encontrarlos pues “la inmensa mayoría de nuestros hermanos sigue viviendo en situación de pobreza y aun de miseria”; el “sordo clamor” que brotaba años atrás de millones de pobres es hoy día un clamor “claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante” (DP, 1135, 88-89).

La pobreza adquiere entre nosotros rostros muy concretos: niños raquíticos, vagos o explotados; jóvenes frustrados, desorientados o marginados; indígenas que descuellan como los más pobres entre los pobres; afroamericanos olvidados y postergados; campesinos dependientes y comercializados; obreros mal pagados e imposibilitados de defender sus derechos por carecer de organización; subempleados y desempleados; hacinados urbanos por falta de vivienda; mujeres oprimidas por atavismos culturales o cosificadas por la sociedad hedonista, ancianos postergados por considerárseles improductivos... (cf. DP, 31-39, 834).

Y si abrimos más los ojos podremos contemplar cómo se sigue desplegando el abanico de los pobres. Desfilan así ante nosotros infinidad de angustiados provenientes de todos los estratos sociales: angustiados por la soledad, por problemas familiares, por carencia del sentido de la vida, por falta de respeto a la dignidad de sus personas (cf. DP, 27, 40, 316, 743); angustiados por los abusos de poder, represión, delación, violación de la privacidad, apremios, torturas, exilios, desapariciones, detenciones al margen de la ley, justicia manipulada...; angustiados por la violencia terrorista y extremista; angustiados por la falta de participación social... (cf. DP, 42-44).

¿Y qué pasa si agregamos aún los clásicos pobres del mundo bíblico? Los pobres de ayer y de siempre, de allí, de aquí y de todo lugar: huérfanos, viudas, forasteros, enfermos, ignorantes, presos... ¡El clamor de los millones se duplica!

En fin, ¿quiénes son los pobres? Es pobre todo hombre en situación inhumana, carente de medios y autonomía para originar y promover la vida; todo hombre necesitado de otro, a cualquier nivel, para poder vivir humana y personalmente; ¿y puede alguien vivir sin fe, sin esperanza, sin saber que Dios es amor?

Jesús, modelo de identificación con los pobres

Con todos los hombres, pero en especial con los pobres, Jesús pobre se identifica: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt. 25:31-46).

La pobreza evangélica, en cuanto compromiso en favor del pobre y contra su pobreza, encuentra su primer modelo en el mismo Jesús.

Los pobres son proclamados bienaventurados (Lc. 6:20), pues serán liberados cuando Dios renueve el mundo. Son bienaventurados porque Jesús se dirige a ellos, y se dirige a ellos sin exigirles méritos previos: el reino de los cielos no es recompensa a la virtud y propia justicia, sino don de Dios; los pobres son privilegiados “cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren” (DP, 1142).

Cuando Jesús anunciaba la Buena Noticia, procuraba acreditar su palabra con sus obras: “Predicaba el Evangelio del Reino y sanaba todas las dolencias y enfermedades de la gente” (Mt. 4:23). Para Jesús la evangelización y la liberación de los pobres iban juntas: “Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos

oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (Lc. 7:22). Estas liberaciones, aunque parciales, manifestaban que la noticia anunciada era una realidad auténtica y creíble.

El compromiso de María con los pobres

Ya en el Magníficat de María encontramos a alguien que se ofrece como ejemplo a quienes “no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, no son víctimas de la alienación, sino que proclaman con ella que Dios ensalza a los humildes y, si es el caso, derriba a los potentados de sus tronos” (DP, 297). En su canto, nuestra Madre proclama que la “salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres”; de ella “parte también el compromiso auténtico con los demás hombres, nuestros hermanos, especialmente con los más pobres y necesitados, y por la necesaria transformación de la sociedad” (DP, 1144).

María es la “mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio: situaciones estas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad” (DP, 302).

El compromiso (hasta el martirio) de la Iglesia

La Iglesia ha procurado siempre, siguiendo los pasos de su Maestro, que su opción por los pobres lleve a su liberación integral (cf. DP, 470-506).

Y ninguno de nosotros ignora, todo lo contrario, que “sus compromisos concretos con el pobre le han traído (a la Iglesia), en no pocos casos, persecuciones y vejaciones de diversa índole” (DP, 1138). No han faltado en el pasado santos que han dado su vida “sirviendo a los pobres, a los indios, a los esclavos” (DP, 265); y tampoco han faltado en nuestros tiempos quienes han soportado persecución y muerte en testimonio de la misión profética de la Iglesia (DP, 92, 668). Alguien que acreditó su palabra con su sangre, derramada el 13 de mayo de 1981 en la plaza de San Pedro, el papa Juan Pablo II, oró dos años más tarde ante la tumba de otro mártir diciendo:

“Reposan dentro de estos muros los restos mortales de monseñor Oscar Arnulfo Romero, celoso pastor, a quien el amor de Dios y el servicio a los hermanos condujeron hasta la entrega misma de la vida de manera violenta mientras celebraba el sacrificio del perdón y la reconciliación. Por él, igual que por los otros venerados pastores que a su tiempo apacentaron la grey salvadoreña, dirigimos nuestra plegaria al Dios justo y misericordioso, para que su luz brille perpetuamente sobre ellos, que se sacrificaron por todos y a todos llamaron a inspirarse en Jesús, el que tuvo compasión de las multitudes a la hora de comprometerse en la forja del mundo más justo, humano y fraterno en que todos queremos vivir” (en la catedral de San Salvador, 6-III-83).

Es verdad, ante la complejidad de la tarea y el compromiso, muchos se sienten tentados por el desaliento, el escepticismo o la aventura desesperada. Un reto formidable se lanza a la esperanza teológica y humana. La Virgen magnánima del Magníficat es firme soporte de nuestra esperanza. En efecto, “en ella contemplamos la victoria del amor divino que ningún obstáculo puede detener y descubrimos a qué sublime libertad Dios eleva a los humildes. En el camino trazado por ella hay que avanzar con un gran impulso de la fe, la cual actúa mediante la caridad” (Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertad cristiana y liberación*, 100).

Diversas caras del compromiso

Pero volvamos a nuestra realidad de cada día. Nos es evidente que no existe una sola manera o forma de comprometernos con otros más pobres. Hay tantos tipos de opciones como de rostros

pobres. Una es la opción por los niños abandonados y otra por los ancianos marginados; una solución válida para los campesinos explotados no es aplicable para los hacinados en las grandes ciudades: la consolación que alivia a un angustiado por el sinsentido de la vida, quizás deje en su angustia a quien sufre el abuso del poder...

Por otro lado, lo que está al alcance de un político, no está igualmente al alcance de una ama de casa; el compromiso que puede entablar un hombre maduro, supera las posibilidades de un jovencito que inicia sus estudios universitarios; la influencia de la acción de una persona preparada y con medios no es equivalente a la de quien carece de ambos; el compromiso de una monjita de clausura asumirá una forma diferente al de un dirigente sindicalista... Todo esto es obvio, pero a veces lo olvidamos

Por consiguiente, según la diversidad de posibilidades y circunstancias, hay lugar para compromisos de tipo asistencial, promocional, económico, social, político..., ordenados todos a la convivencia fraterna y a una sociedad más justa y libre.

Otros criterios de discernimiento

Y, entre tantas formas de compromiso, hay lugar para lo auténtico y lo falso, lo puro y lo impuro, lo evangélico y lo ideológico. Algún día tendremos que elaborar criterios de discernimiento que nos sirvan de guía. Baste por el momento decir lo siguiente: cualquier opción que rompa la concordia podría ser buena, pero yo no la recomendaría; y si atenta contra la comunión eclesial, nunca es buena. Los compromisos asumidos para aquietar la conciencia o que son causa de resentimiento o amargura han de ser nuevamente discernidos; y los que son fuente de desprecio y agresividad han de ser juzgados como antievangélicos.

Por lo demás, apoyándome en la palabra del magisterio, me permito ofrecerles estos consejos orientativos respecto del servicio y compromiso por otros hermanos más pobres:

- Condenemos como antievangélica, injusta y pecaminosa la pobreza extrema que afecta numerosísimos sectores de nuestro continente (DP, 1159, cf. 21, 28, 30, 281, 328, 437, 452, 495, 509, 562, 1032, 1296).
- Dejémonos evangelizar por otros pobres que nos interpelan a la conversión social y la disponibilidad para Dios y nos enseñan a vivir ciertos valores evangélicos, tales como la solidaridad, el servicio mutuo y la sencillez (DP, 1146; cf. 448-450, 462).
- No ofrezcamos como ayuda de caridad lo que se debe por razón de justicia; procuremos alcanzar las causas y no sólo los efectos; tendamos a liberar al asistido de la dependencia externa, a fin de que pueda llegar a bastarse por sí mismo (DP, 1146).
- Trabajemos en común con los cristianos de otras Iglesias y con todo hombre de buena voluntad para desarraigar la pobreza y crear un mundo más justo y fraterno (DP, 1161; cf. 319, 1119).
- Apoyemos toda noble aspiración por mayor responsabilidad, libertad, justicia, participación y organización en el campo laboral, en orden al bien común y personal (DP, 1162-1163).
- Respetemos las diferentes culturas, sobre todo las indígenas, que existen en nuestro medio (DP, 1164; cf. 385-443, 444-469).
- No olvidemos jamás que el pecado es la raíz y fuente última de toda opresión, injusticia y discriminación, por lo cual ningún cambio será verdadero y pleno si no va acompañado por un cambio de mentalidad respecto del ideal de una vida humana digna y feliz (DP, 517, 1155; cf. 70, 73, 438).

- Tengamos siempre presente que la evangelización es el mejor servicio que podamos prestar, y mantengamos siempre viva la esperanza hacia metas más cristianas y horizontes más humanos (DP, 1145, 1165).

Y ya me he alargado indebidamente, aunque soy consciente de haber sólo orillado un aspecto de la pobreza, en cuya práctica puede ser necesario mucho discernimiento y amor. En el servicio y compromiso por los más pobres que nosotros, podemos alcanzar la más auténtica pobreza interior, acompañada de la renuncia a los bienes de este mundo; pero solamente desde la pobreza de espíritu, desde la humildad profunda y probada, nos es posible un auténtico servicio y compromiso cristiano.

Intento de síntesis: decálogo del pobre evangélico

Me detengo para releer lo escrito. Casi me pierdo. Y si esto me sucede a mí, que soy el autor, ¡qué no les sucederá a ustedes, pobres lectores! Sirva de síntesis, tanto para mí como para ustedes, el siguiente decálogo del pobre evangélico:

- El pobre según el evangelio se apoya total y exclusivamente en Dios su Padre.
- Está incondicionalmente abierto a los hombres sus hermanos y hermanas.
- Tiene aguda conciencia de sus propios límites.
- Valora los bienes materiales como expresión de la generosidad de Dios.
- No se apasiona por las riquezas ni se hace esclavo de ellas.
- Sabe que los bienes materiales tienen un destino universal y procura que así sea.
- Reconoce que es muy difícil ser pobre de espíritu cuando se es rico en bienes.
- Se compromete a ponerse junto y a favor de aquel que es tanto o más pobre que él.
- Combate la miseria que rompe la fraternidad.
- Se une a Cristo pobre, que tuvo poco, se tenía en poco y fue tenido por poca cosa; Cristo pobre, que dio mucho y lo dio todo al darse por entero.

Conclusión: pobres por el reino

Y ha llegado la hora de concluir. Lo hago retomando algo del inicio. Nuestra pobreza ha de ser a causa del reino de los cielos. Este reino es filiación divina y fraternidad humana; nadie entra en él si no participa en el abajamiento, renuncia, servicio y compromiso de Cristo; sólo entran quienes se hacen pobres en el Hijo.

Jesús inauguró el reino iniciando la lucha contra la miseria (Lc. 4:16-22). Los primeros cristianos ponían los bienes en común a fin de que nadie fuera presa de la pobreza; así nació la comunión fraterna plena (Hech. 2:42), la cual es signo evidente del reinado de Dios en la historia. Y nunca han de faltar signos, de cualquier tipo que sea, que nos recuerden que el reino de Dios ya ha llegado y va en camino de plenitud.

La pobreza evangélica es una realidad polivalente. Es expresión de una radicalidad cristiana que puede concretarse en diferentes formas. Lo que siempre ha de quedar en pie, aunque se multipliquen las maneras y estilos, es su referencia al reino de los cielos.

Que María, la esclava humilde y pobre, nos enseñe lo que aún resta. Todo y siempre en ella, la de San José.

Con un abrazo grande para todos y cada uno.

Bernardo